

ATTALI, Jaques. *Milenio*, México, Seix Barral, 1993, 109 pp.

Apenas un lustro nos separa del gran dilema que representa el año 2000: inicio de una centuria y comienzo de un milenio. Del mundo del futuro inmediato, del que se espera sea definitivamente el siglo de la tecnología, ya se vislumbran aspectos característicos, pues como todo hecho humano tiene sus precedentes y sus antecedentes. La época actual es la gestadora del sofisticado existir que conocerán las generaciones que vivan durante el siglo XXI.

De reflexionar sobre este tema, sobre el inquieto y productivo presente y sobre la convivencia en los próximos años, se ocupa el inquieto y prolífico escritor francés Jacques Attali. El autor nos hace pensar que debemos preservar y conservar el humanismo para no caer en la robotización y en el mecanicismo que pueden perturbar la vida del hombre convirtiéndolo en un objeto nómada, miembro de modernas "tribus" aisladas, entregadas al trabajo programado, a la productividad y a la competencia, sin disfrute de su ser que implica sentimientos, afectos y reflexión.

Desde el inicio, el autor se interroga sobre el orden político, el desarrollo, las relaciones de poder y los estilos de vida que ya tienen presencia y que serán confirmados en el porvenir inmediato; advierte que nuestra época es relativamente explicable y que se pueden trazar líneas de horizonte de nuestro futuro (p.5).

El investigador franco-argelino sostiene que el mundo del futuro conocerá una lucha económica entre grandes bloques, básicamente entre dos espacios: el europeo y el del pacífico, desplazando al de Estados Unidos que tendrá que unirse a uno o a otro, al igual que los países en desarrollo como México. La macroeconomía será dominante aunque "durante mucho tiempo subsistirán problemas: desequilibrios entre algunos países difíciles, transiciones hacia el mercado, injusticias entre grupos sociales, paro, hambre, desórdenes en los mercados de capitales y de

materias primas. Pero el crecimiento económico a escala planetaria no sufrirá por ello de forma duradera” (p.7).

Aunque la nueva sociedad puede proporcionar muchos medios a los humanos para aligerar su existencia, la tecnología puede provocar el aislamiento por el estudio y por la autoinsuficiencia, y la soledad ocasionará que “muchas personas abrumadas bajo una masa de informaciones se verán reducidas a gozar del espectáculo del poder y de los placeres de una minoría; el consumo de drogas reflejará, acompañará y agravará este desconcierto. El derecho de darse gusto, la libertad de consumir, acabarán así por amenazar mortalmente a las sociedades más prometedoras” (p.8). Tremenda advertencia que por su posibilidad nos hace decir ¡alerta!, la dignidad es primero, debemos preservarla.

En breves y sorprendentes páginas, el autor hace el recorrido histórico de la humanidad: ante todo, mantuvo, conserva y enriquece la comunicación; conoció el fuego, elaboró mitos y creó la “forma social” equivalente a todo grupo de hombres organizados de manera permanente, lo que incluye a la familia, a la tribu y al concierto internacional.

El ensayo que comentamos se vincula estrechamente con la ciencia política y con el Derecho constitucional, pues nos habla de las rivalidades que se producen en la sociedad, la que organiza jerarquías para detener la violencia, y como el poder implica dominio y trazamiento de directrices supremas, aparenta tener algo de sagrado por lo que es explicable que príncipe y sacerdote se confundan en una especie de “casi-dios”, real o simbólicamente sacrificado para que sobreviva el grupo. Así, se advierten tres poderes o facultades, íntimamente ligados: el religioso, el militar y el económico. “El primero administra las relaciones con el más allá; el segundo, las relaciones entre los grupos sociales; el tercero las relaciones en el interior de cada grupo social. De esta manera aparecen tres formas de gestión de la violencia: en primer lugar, lo sagrado; luego, la fuerza y, finalmente, el dinero” (p.14). Estos tres aspectos se superponen y están presentes en nuestra vida cotidiana. La crudeza del autor es palpable, su postura, su formación, es economicista. Contra tal criterio debemos luchar, pues el hombre no debe ser persecutor ciego de riquezas para acumularlas, sino crearlas para distribuir las. Sólo así puede haber justicia. Recordemos que sólo con justicia se explica y debe orientarse la vida humana.

Ahora bien, advierte el autor, también las crisis se suceden originando diversas formas de convivencia social sustentadas en un determinado orden mercantil. La evolución económica va de las dimensiones estrechas de la ciudad a los mercados internacionales y a los capitales sin patria. Entre cada etapa se advierten crisis, que no son sino largos períodos de incertidumbre y de aparente regresión.

Los avances de la tecnología son constantes y de logros inusitados, pero la autosuficiencia que puede provocar la economía, universaliza al hombre, vestido en todas partes igual, deseando lo mismo por doquier y, sin querer, uniformándose y deprimiéndose; forma de ser que puede provocar libertad con aburrimiento, consumo de droga y viajes peregrinos por tiempo de sobra. Ante tales peligros opina el autor que cada uno de nosotros no debe limitarse “a desear ser espectador, sino que contribuya a dar un sentido a la democracia mediante el ejercicio de su libertad que aspire a hacer de su vida una obra de arte” (p.35).

Attali destina el segundo capítulo de su ensayo a determinar la ubicación del corazón del mundo del mañana, a establecer los polos de desarrollo y el reparto de los poderes. Sostiene, ahora con optimismo que no compartimos íntegramente, que casi en todas partes se derrumban dictaduras y que el sueño de la democracia se extiende por el planeta, gracias a la imagen de la televisión y a la carencia de muros entre los pueblos. Lo último es cierto, pero por desgracia las dictaduras no cesan de ser obstáculos que impiden la vida armoniosa y sujeta a derecho. Cierto es que caen, pero cual hierba mala, vuelven a brotar en el mismo o en otros lugares; la tecnología parece ayudarlas, de donde el problema fundamental estriba en buscar el cauce a la tecnología, en humanizarla, en ponerla realmente al servicio de los hombres procurándoles, ante todo y sobre todo, educación y trabajo. El hombre que tiene su mente manchada de conocimientos y el hombre que tiene ingresos por su honesta actividad, puede pensar en la superación, en el entendimiento social y en los problemas colectivos, participando en su resolución. Sólo así es posible la democracia.

Los dos puntos neurálgicos de la economía del futuro los radica Attali en Europa y en el Pacífico, toda vez que no concede firmeza definitiva a los Estados Unidos, y que ha desaparecido el otro pilar del mundo contemporáneo, la Unión Soviética, aunque “ni la omnipotencia Americana ni la disolución del imperio soviético sean irreversibles. ¿Qué bloque triunfará?”.

El autor es proclive a su continente: “Sí la Europa Occidental sabe asociar a la Oriental a su futuro, podrá pretender el estatuto de corazón de la economía mundial, convertirse en su espacio más poblado, el más rico y el más creativo. De lo contrario, Japón ocupará este lugar” (p.39). Opina el economista francés que el fenómeno dominante que hoy se juega es el de la decadencia de Estados Unidos, aunque muchos se nieguen a creer en ello, indicando que tal decadencia sería humillante, y que Estados Unidos podrá seguir siendo potencia eje de la economía. Attali no contempla la continuidad de punta de Estados Unidos, porque considera que su industria será rebazada, puesto que la productividad japonesa y Europea es mayor; que la creatividad que inaugurará la puerta del siglo XXI será Europea o japonesa; que Estados Unidos perfecciona pero no es puntal, no crea, y que en dicho país ni siquiera los bienes de consumo tradicionales se fabrican. Se advierten aquí algunos comentarios acertados, pero conociendo al coloso de América, su astucia y su voracidad, se puede también pensar en su resurgimiento y en la “reversión productiva-creadora” de sus capitales, para seguir conservando su posición de líder mundial. Por el contrario, “las empresas japonesas definen con mucha anticipación los bienes de consumo que tienen intención de producir, y deducen sus progresos técnicos necesarios... son capaces de lanzar investigaciones aparentemente no rentables o de bajar sus precios con el único objeto de conquistar o conservar partes de mercado” (p.45). Hablando en términos monetarios Attali opina que el “ecu”, la ya acordada moneda común europea, vencerá al yen japonés y al dólar Americano.

Apoyan a las convicciones del autor las tendencias de unificación económica, social y política de Europa, pues los actuales doce países comprometidos en la comunidad Europea pretenden construir un mercado único y uniformidad en materias fundamentales como la educación, la fiscalidad, la investigación científica, el derecho social, la concentración de empresas y la defensa del medio ambiente. Si consolidan esta uniformidad, su siguiente paso será la unidad política, que implicará a un nuevo concepto de la soberanía o una aplicación distinta, puesto que bajo su manto se abrigarán comunidades de diversas culturas, se establecerá un banco central y, tal vez, estrategias de defensa común y un real Estado de grandes dimensiones y de población homogénea y trabajadora. Por lo menos, y ya de manera ineludible, “los países del norte de Europa, al igual que Suiza y Austria, se unirán uno tras otro a la construcción futura y se incorporarán al menos al gran mercado, cuando no al edificio monetario, político e incluso, algún día,

militar de la comunidad Europea” (p.58). Esta tarea de unificación, para ser segura, debe ser lenta, pues de otra manera “la precipitación provocaría el retorno a los nacionalismos y a las catástrofes, las integraciones logradas son las que se preparan con más antelación” (p.60).

Dentro de los bloques que percibe Attali, América Latina y, por tanto México, parecen ubicarse en el espacio del pacífico y, conector de nuestra problemática, sostiene que, en el caso de Latinoamérica, lo más difícil será reducir su endeudamiento para que disponga de recursos necesarios para restaurar un clima económico y político favorable al desarrollo.

Recuerda el investigador que uno de los principales problemas que deberán abordar los bloques económicos del futuro serán los de sus periferias, y más concretamente el de la emigración de poblaciones que buscan mejorar su existencia. En este tenor nos percatamos de que dicho criterio no es errado, puesto que conocemos y vivimos el drama de los emigrantes mexicanos, de individuos que faltos de recursos, queriendo superarlos o soñando con la abundancia se van de nuestro suelo de manera furtiva, “indocumentados”, para participar en la economía de Estados Unidos, así sea en actividades no debidamente remuneradas. Si las palabras de Attali llegan a ser realidad, ¿veremos a los mexicanos emigrar, no ya al país del norte sino a países asiáticos, de cultura, lenguas y costumbres totalmente diferentes?, preferimos ser optimistas y pensar que México, sin demagogia, llegue a ser un país desarrollado, de homogeneidad económica, cultural, social y de equitativa y respetada lucha política.

En la tercera parte el distinguido economista describe la vida del hombre en las futuras décadas: se tratará de una vida nómada, no en el sentido, de errante y solitaria, sino de insatisfacción dentro de la abundancia. El nómada ya no será un humano desnudo siempre en movimiento buscando sobrevivir. Será, por el contrario un “nómada libre, cubierto de bienes y riquezas. Y, sin embargo, todavía sediento de saber, de seguridad, de fraternidad”(p.67).

Describe lo que ya el hombre tiene como forma de vivir: objetos ligeros, desechables, producidos en serie, tales como el teléfono celular, la computadora portátil, los artículos eléctricos de transistores; elementos que procuran bienestar, sí, pero sólo a los que tienen ingresos elevados,

aunque la tendencia al consumismo, al acaparamiento de bienes, se extiende a todas las capas sociales. En virtud de tales formas de vida, el hombre se encierra en sí mismo porque tiene lo necesario para vivir y se dedica a procurarse información y a formarse para lograr su autonomía y ser capaz de gobernar su medio ambiente, dueño de sí y del universo. Incluso nos advierte Attali de la posibilidad de programar la reproducción humana, a tal grado, que podrán los hijos tener las mismas características físicas e intelectuales de sus progenitores; posibilidades todas que se antojan de ciencia ficción y que exhiben, con redundancia propuesta, una humanidad deshumanizada. Por desgracia, advierte el francoargelino, en esta competencia llevan la de perder los habitantes de las periferias de los dos bloques de desarrollo, entre ellos, claro está, América Latina. Posibilidad que es real ahora y que por sus injusticias nos negamos a aceptar que siga siendo síntoma del siglo XXI.

Concluye el libro con un capítulo dedicado al milenio que se aproxima. Aunque los avances tecnológicos son vertiginosos e inimaginables, algunas advertencias del autor que nos ocupa son seguras y sus propósitos cobrarán existencia en el primero o segundo siglos, pero después creemos que todavía no existe el humano capaz de vislumbrar lo que será la humanidad.

Para el inicio del milenio es posible y deseable la democracia universalizada, aquella en la que la legitimidad del poder corresponda auténticamente a los pueblos todavía organizados en Estados. Al respecto la tendencia Europea es muy clara, pero pensamos que dicha forma de gobierno será práctica común en todos los países, y que también a todos llegará el desarrollo más temprano que tarde. Es digna de tomarse en cuenta la advertencia que hace Attali del mundo sobrepoblado, del gran deterioro ambiental y de la impostergable atención de instituciones mundiales en los que todos deberán participar. Las medidas que se adopten deben tener por destinataria a toda la humanidad y no a fracciones insignificantes que sigan deteniendo la producción e impidan la distribución. El planeta ha conocido momentos difíciles, la humanidad ha estado en peligro constante, pero se ha sabido sobreponer. Hoy día estamos insatisfechos con los logros; no compartimos el pesimismo de la eterna explotación y de las injusticias de la lucha económica y política. Tenemos la seguridad de que el sol de media noche, el que siempre ilumina, llegará para la existencia humana, que se iniciará una nueva era de armonía, de colaboración y de enriquecimiento cultural; compartimos con el autor el párrafo final de su libro: "Sólo el futuro da un sentido

al pasado. Lo que nosotros dejaremos a nuestros hijos determina el valor de la vida que habremos vivido. La Tierra es como una biblioteca que hay que dejar intacta después de haberse enriquecido con su lectura y haberla enriquecido. La vida es su libro más precioso. Conviene protegerla *amorosamente* antes de *transmitirla -acompañada de nuevos comentarios-* a otros que osarán luego llevarla más lejos, *más arriba*" (p.107).

Dr. FRANCISCO VENEGAS TREJO.
Director del seminario de Derecho
Constitucional y de Amparo
Facultad de Derecho. UNAM.